

## HUMILDE, Y ALTA FORTUNA.

### DISCURSO TERCERO.

#### §. I.

Ciegos fueron los que fingieron ciega la Fortuna, é injustos los que la figuraron iniqua. Este error ya le corrige la Religion, quando instruye de que el significado de este nombre *Fortuna*, no es otro que la Divina Providencia, la qual es toda ojos, y en todo procede con justísimos motivos. Pero aunque el error en lo esencial está corregido, no llegó el desengaño á desvanecer toda la apariencia del fundamento. Consideran los quexosos de la Fortuna desiguales las suertes de los hombres, segun la mayor, ó menor representación, que hacen entre los demás mortales; y viendo que en gran parte esta desigualdad no es proporcionada al mérito; los impíos la atribuyen á la quimérica fuerza de él acaso: los idólatras, al capricho de una Deidad ciega; y los verdaderos creyentes, al arbitrio de una Providencia soberana.

2 Estos últimos concluyen bien, pero suponen mal. Es así que la voluble rueda de la Fortuna es manejada por mano divina, y todo movimiento suyo, ya elevando á unos, ya precipitando á otros, es arreglado con sapientísimo designio. Tambien es cierto (é importa infinito esta reflexión) que respecto de muchos, no vemos mas que la mitad de la vuelta de la rueda; porque lo restante de el círculo se absuelve en el otro mundo. Vemos que á unos los sube la Fortuna, y no los baja: á otros los baja, y no los sube. ¿Qué es esto? No es otra cosa, sino que en esta vida mortal no da la Providencia mas que media vuel-

ta á la rueda. En el otro emisferio se concluye el giro; y así los que aquí suben, allá baxan; los que aquí baxan, allá suben. Y esto es lo mas comun, aunque no es regla sin excepcion.

#### §. II.

3 **M**AS aun supuesta esta advertencia, queda apoderado de el mundo un grave, y pernicioso engaño; y es en lo que yo digo, que los mismos que concluyen bien, suponen mal. En la distribucion que hacen de felices, ó infelices, suponen una desigualdad, que verdaderamente no hay en la fortuna de los hombres. El que ocupa la dignidad, el que habita el magnifico Palacio, el que goza gruesa hacienda, mucho mas el que tiene sobre sus sienas la Corona, es reputado por un hombre felicísimo. Al contrario, el que debaxo de humilde techo, ignorado de el mundo, tiene para pasar la vida no mas que lo preciso, es considerado como infeliz. A lo menos se juzga la fortuna de este tan inferior á la de el otro, como lo es una pequeña fuente á todo el caudal de el Nilo.

4 Muy diferente fue el sentir de el Oráculo de Delfos, que preguntado por Giges, Rey de Lidia: ¿Quién era el hombre mas feliz de el mundo? le respondió, que un tal Aglaos Psófido, poseedor de pocaísima tierra en un estrecho ángulo de la Arcadia, era el mas dichoso habitador de el Orbe: quedando igualmente burlado, y admirado aquel Principe, que esperaba á su favor el voto.

5 Agatocles fue un monstruo de la Fortuna. Habiendo nacido de un pobre Ollero de la Ciudad de Regio, llegó á ser Soberano de Sicilia. Con todo creo, que si cotejamos su fortuna con la de su padre Carcino, halláremos mas feliz á este. Ciertamente no viviría en la continua inquietud, de que fue agitada toda la vida de Agatocles; ni padecería dolor alguno tan intenso, ó de tanta duracion, como el que á Agatocles le ocasionó la muerte de sus hijos, degollados bárbaramente por sus propios Soldados.



6 Plinio en el Libro séptimo discurre en algunos capítulos por los Romanos, que experimentaron mas risueña la fortuna, como fueron el Dictador Sylla, los dos Metelos, y Octaviano Augusto; y á todos les va señalando tales contrapesos, que queda en duda si la balanza de la suerte propendió mas ácia la parte de la adversidad.

7 Sería infinito, si corriendo las Historias, quisiese sacar al teatro todos aquellos, en quienes la mano de la Fortuna alternó cruelísimos golpes con los mas tiernos alhagos. Ni está es muy importante á nuestro propósito: pues todos me concederán desde luego, que no hay en el mundo asilo contra los rigores de el hado; ni á la mayor altura se le concedió algun privilegio, que la exceptúe de la jurisdiccion de la desgracia. Lo que conviene es, pegar una, y otra fortuna, la esclarecida, y la humilde, según lo que en su regular, y comun estado tienen por sí mismas, prescindiendo de extraordinarios accidentes, ó favorables, ó adversos.

### §. III.

8 Digo, pues, que la Fortuna humilde, en su valor intrínseco, si no excede, por lo menos iguala la soberana. Y porque demos desde luego una prueba clara, y sólida de esta que parece paradoxa, se debe suponer como una verdad cierta, que las riquezas no constituyen á los hombres felices á proporcion de la magnitud material que tienen; si solo á proporcion de lo que se gozan, ú de la conveniencia, y deleite que causan. ¿Qué importará que el poderoso tenga presentes varios, y preciosos manjares en la mesa, si tiene perdido el apetito? No por eso se podrá decir que se regala: y mucho mejor lo pasa en quanto al gusto el que goza de grosero plato, si el paladar le abraza con cariño.

9 Lo que en el gusto, respecto de los manjares, sucede en todos los demas sentidos, y potencias, respecto de sus objetos. Sean estos quanto se quisiere delectables: la delectacion que producirán en cada individuo, se comensurará á la disposicion de el órgano. Y asimismo la ma-

yor, ó menor felicidad de el sugeto, en el uso de estos objetos se debe medir, no por la magnitud entitativa, que ellos en sí tienen, si por la delectacion que causan. Siendo esto así, si se halláre que sus grandes riquezas no les ocasionan á los poderosos mayores gustos, ni les desvian mas pesares que á los de humilde fortuna sus cortos medios, se concluirá que no son mas felices aquellos que estos, y que por consiguiente las dos fortunas son iguales.

10 ¿Pero cómo hemos de saber lo que pasa en los corazones de unos, y otros? No hay cosa mas facil. Neron edificó un Templo á la Fortuna de piedras transparentes, halladas en su tiempo en la Capadocia; de modo, que de afuera, aun cerradas las puertas, se veía todo lo que pasaba dentro de el Templo. Y la naturaleza fabricó los hombres de modo, que de afuera se vé su buena, ó mala fortuna interior, transparentándose por los semblantes, y por los labios sus gustos, y sus pesares. Mira, pues, (dice Séneca (a)) á ricos, y á pobres por el cristal de el rostro los senos de el pecho: *Compara inter se pauperum, & divitum vultus*: mas frecüentemente verás alegres á estos, que á aquellos: *Sæpius pauper, & fidelis ridet*. Aquí supone de mejor condicion á los pobres. En otra parte los dexa iguales. Observa (dice) la mayor parte de los pobres, y verás como nada andan mas tristes, y congojados que los ricos: *Primum aspice quantò major pars sit pauperum, quos nihilò notabis tristiores, sollicitioresque divitibus* (b).

11 A S. Agustin le aprovechó en gran manera la reflexion que hizo, al ver transitando por una Aldea de el Estado de Milan á un mendigo sumamente alegre, y festivo. Comparó su fortuna con la de aquel pobre. Viéle á él gozoso, á sí propio congojado: á él sin susto alguno, á sí propio lleno de temores: *Et certè ille lætatur, ego anxius eram; securus ille, ego trepidus*. Y de aquí concluyó, que la fortuna de aquel mendigo era harto mejor que

Tom. I. del Teatro.

D 3

la

(a) *Epist. 80.* (b) *In consolat. ad Helviam.*



la suya: *Nimirum quippe ille felicior erat* (a).

12 Esto es mirar las cosas como ellas son en sí. Para computar la felicidad de cada uno, no se han de considerar los bienes que posee, sino el gozo que de su posesion recibe. Aunque el rico tenga siempre espléndido banquete, mas se regala el pobre que él, si, como es lo comun, le sabe mejor lo que come. La entidad de las riquezas sin el uso, nadie dirá que sirve de cosa alguna. Es menester expenderlas para gustarlas. Es un bien este de tal condicion, que solo se goza quando se pierde. El que guarda en la arca el oro, podrá lograr alguna complacencia en la contemplacion de que le tiene á su alvedrío; pero muy inferior á la fatiga inevitable de un continuo cuidado. Discretamente cantó Horacio, que tenia por mas conveniencia carecer de tales bienes, cuya posesion está acompañada noche, y día de el sobresalto de que un ladrón los robe, de que un criado infiel los lleve, ó de que un incendio los consuma:

*An vigilare metu exanimem, noctesque diesque*

*Formidare malos fures, incendia, servos*

*Ne te compilent fugientes, hoc juvat? Horum*

*Semper ego optarim pauperrimus esse honorum.* Lib. I. Sat. I.

13 El azogue causa continuos temblores al que le maneja en la mina: el oro, y la plata al que los tiene en la arca. No hay duda que en el avaro es mayor el gusto de verse rico; pero tambien excede á proporción el cuidado. Fuera de que no le satisfacen tanto los bienes que goza, como le congojan aquellos de que carece. Siempre le queda en el corazon un vacío inmenso, tan violento á su codicia, como lo es el vacío de todo cuerpo á la naturaleza; y es sed hydrópica la suya, que quanto mas bebe, mas arde.

#### §. IV.

14 Supuesto, pues, que no hay conveniencia, sino gravamen en la precisa posesion de las riquezas, veamos

(a) *Confess. lib. 6. cap. 6.*

mos quanto puedan ser cómodas con el uso. Lo primero, si las riquezas son muy grandes para la comodidad de la vida, está por demas la mayor parte de ellas: si á quanto racionalmente se puede desear, se ocurre con pocos millares de escudos, ¿de qué servirán los millones? El que para su sed tiene la agua que basta en una pequeña fuenteilla, para qué se meterá un rio dentro de casa? No logrará otra cosa, que concitarse el odio, ó la ira de los que ven inutilmente estancado en un individuo el caudal, que pudiera saciar la sed de todo un pueblo, y exponerse á las asechanzas que puede formar contra su vida qualquiera perverso, que de otro modo no pueda hacerse dueño de su hacienda; siendo cierto que muchos ricos, por este motivo solo, fueron víctimas, ya de el cuchillo, ya de el veneno. Así que los demasiados doblones son de peso, y no de valor para su dueño; quiero decir que no son conveniencia, sino peligro, y gravamen de la vida.

15 Pero ya que no á la comodidad, servirán al deleite. Sobre esto hay mucho que hablar. Los mas de los hombres tienen determinado el apetito á tales objetos, que con corto caudal pueden satisfacer todas sus ansias. La comida, y la bebida con regalo, la caza, y el juego con frecuencia, no han menester muchas millaradas. El que tiene puesta toda su delicia en la copa, y en el plato; ¿qué logrará con el inmenso dinero, si no puede comer, y beber mas que como un hombre solo? Y si por su glotoneria quiere comer como dos, presto perderá la salud, y no podrá comer aun como medio: expender el caudal en diversiones, que no lo son respectivamente á su genio, es perderle en un todo. La dulzura de la Música es el único hechizo permitido que hay en el mundo. Pero de qué sirve á quien no gusta de ella? A Anteo, Rey antiguo de la Scythia, le presentaron sus vasallos, como una gran cosa, á Ismenias, famosísimo Músico Thébano, á quien habian cogido prisionero en la guerra; y despues de oirle un rato, dixo, que mejor le sonaban los relinchos de su caballo, que todos los tañidos de Ismenias. Ni



se entienda que esto solo cabe en un genio bárbaro. No solo los tygres huyen de la lyra; aun muy cultivados espíritus cierran los oídos á este encanto, como los áspides. De Justo Lypsio se cuenta que aborrecia la Música, y tenía puesta toda su recreacion en flores, y perros. Muchísimos hombres son insensibles al alhago de la armonía; y de los que restan, los mas se complacen en una Música grosera; que se encuentra de valde, ó muy barata. Lo que se dice de la Música, es general á otras diversiones. ¡Quántos hay que no pueden sufrir aun el trato comun con las mugeres! Las flores, que son el mas hermoso parto de la naturaleza en lo insensible, y que visten al campo con mas gala que á Salomon toda su gloria, á algunos son no solo ingratas, pero nocivas. Hubo sugetos á quienes hacia caer en deliquio la fragancia de la rosa: y el Cardenal Esfrondati en su Curso Filosófico refiere de otro Cardenal, que todo el tiempo de la Primavera tenia guardas á la puerta de su casa para atajar que entrase ni una rosa en ella. Los espaciosos jardines son bien tibio deleite para los mas de los hombres, y para muchos ni aun tibio; fuera de que ese deleite se desfruta en el jardin ageno, no en el propio, que estando siempre á la vista, ya se mira con tedio.

**D**E suerte, que respecto de muchos individuos, todo el atractivo se incluye en objetos de corto precio. Es verdad que no por eso dexan esos mismos de amontonar, si pueden, tesoros sobre tesoros. ¿Pero para qué? Ni yo lo sé, ni ellos mismos tal vez lo saben. Es gracioso á este propósito lo que pasó entre Pyrrro, Rey de la Albania, y su discretísimo Consejero, y amigo Cineas. Tratando aquel guerrero Príncipe de invadir á los Romanos, le dixo Cineas: Verdaderamente, Señor, la empresa es difícil; porque las hemos de haber con una gente marcial, y poderosa. Mas si fueren tan prósperas nuestras armas, que venzamos á los Romanos, ¿qué fruto sacarémos de esa victoria? ¿En eso te detienes? respondió el Rey. Nos ha-

harémos dueños de toda la Italia. Y despues, replicó Cineas, ¿qué haremos? Conquistarémos, respondió Pyrrro, la Sicilia; que está vecina, y es facil su expugnacion. Gran cosa sería eso; añadió el astuto Cineas; pero ganada Sicilia, ¿darémos fin á la guerra? No por cierto, respondió Pyrrro (que aun no habia penetrado el término donde iban á parar estas preguntas): despues de conquistada Sicilia, nos entrarémos en la Africa, y poseerémos á Cartago, con los Reynos adyacentes. Los Dioses quieran, prosiguió Cineas, concederte tanta dicha. ¿Y despues en qué nos hemos de ocupar? Volveremos, dixo Pyrrro, con inmenso poder á nuestra patria, y conquistarémos todo el Imperio de la Grecia. Y conquistada toda la Grecia, replicó Cineas, ¿qué hemos de hacer? Llegando ese caso, respondió Pyrrro, pasarémos el resto de nuestra vida en dulce, y alto ocio, sin pensar en otra cosa que en banquetes, y conversaciones festivas. Aquí Cineas, que ya habia, sin sentirlo él, metido al Rey en la red, riéndose, le dixo: ¿Pues, Señor, quién nos quita gozar desde ahora de toda esa felicidad? ¿Para lograr banquetes, y todo género de regalos, no basta el Reyno que hoy poseis? ¿A qué fin se han de conquistar Provincias, surcar los mares, gastando la salud en las fatigas, y exponiendo la vida en las ondas, y en las batallas?

**17** Este razonamiento, que es sacado casi á la letra de Plutarco, viene bien, no solamente á aquel Príncipe ambicioso; mas tambien á otros hombres infinitos, que juntando mas, y mas riquezas, á costa de peligros, y afanes, ó no saben á qué aspiran, ó por un vicioso, y errado circulo, aspiran á lo mismo que ya poseen. Discretamente rebatió el orgullo de Filipo, Rey de Macedonia, Archidamo III. Rey de Esparta. Habiéndole vencido aquel á este en una batalla, le escribió una carta llena de arrogancia, y fiera. Respondióle Archidamo, que se pusiese al Sol, y vería como su sombra no era mayor despues; que antes de la victoria. Es así que se engrandece la fortuna, sin añadir nada al sugeto.



18 **A**quellos á quienes domina la ambición, y la codicia, trastornan la naturaleza de las cosas, colocando el fin en el mismo medio. Quieren tener mas, solo por tener mas; y dominar mas, solo por dominar mas. Pero que sucede á estos? Que siempre son desdichados; porque la hambre, y sed que padece su genio, siempre está en el mismo estado, ó va cogiendo nuevo aumento. La carga de honores, y riquezas en el corazon humano, hacen lo que las pesas en el reloj, que quanto mayores son, tanto aquella máquina se mueve con mas violenta inquietud. Sucesivamente va desplegando la pasion mayores senos, así como va llenando los primeros vacíos. Al principio se contenta su sed con la fuente: despues, hydrópica, busca el río, y tras de el río el océano: *Ecce absorbebit fluvium, & non mirabitur.* Alexandro en sus primeros designios no miraba mas que á destruir á Thebas, y conquistar la Tracia, y el Hyrico: ya que lo logró, se le pone en la cabeza el Imperio de la Asia; y quando tuvo este en buen estado, llora affigido, oyendo decir á un Filósofo que hay muchos mundos, porque ya no se satisface su ambicion con la conquista de uno solo. Lo que hizo cantar á Juvenal: *Nil in abis al obsequioque, & regniis nil in butas al*

*Unus Pelleo juveni non sufficit orbis.*

19 **L**os que buscan las riquezas para el uso, y las aprovechan en el deleite, parece que son de mejor condicion en quanto á la conveniencia temporal. ¿Cómo se le puede disputar la felicidad á quien siendo dueño de grandes tesoros, los hace tributarios de sus apetitos? Así lo juzga el mundo, y el mundo se engaña. Hable en la materia el hombre mas capaz que jamas hubo en el mundo, para dar la sentencia por su experiencia propia. No hubo en la tierra hombre mas rico, ni aun tanto como Salomon. Ninguno expendió mas pródigamente las riquezas en las delicias, con la circunstancia de que su gran sabiduría, y comprehension de la naturaleza, le advertia de los modos mas oportunos con que podian alhagar, y servir los objetos á

los

los sentidos. El mismo confiesa que lisonjé sus pasiones, dándoles quanto su voracidad pedia: *Omnia que desideraverunt oculi mei non negavi eis: nec prohibui cor meum, quin omni voluptate frueretur.* ¿Y qué halló en ese piélagó de delicias? No mas que aguas amargas. En todo encontró vanidad, y affccion de el ánimo: *Vidi in omnibus vanitatem, & afflictionem animi.* En tanto grado, que llegó á tener tedio de vivir: *Idcirco reduit me vitæ meæ.*

20 **E**sta es la alta, y esclarecida fortuna, y tan alta, que ningun hombre la logró mas sublime. Pregunto ahora: Si el hombre mas mísero de el mundo puede ver puesto su corazon en mayor congoja, que quando llega á padecer tedio de su propia vida? Sabemos que Job no usó de otra expresion para manifestar la profunda agonía, que le ocasionaba su singularísima calamidad: *Tædet animam meam vitæ meæ.*

21 **L**o que dice Salomon es infalible, pues tiene recibido aquel Libro por Canónico la Iglesia. Pero se debe confesar, que así como es verdad de Fe, tambien parece mysterio; porque ¿cómo cabe tanta amargura en la mayor delicia? Este enigma no quisó descifrarle Salomon, aunque tenia tanta facilidad en descifrarlos. Veamos si acierto yo con ello; y pienso que sí.

22 **L**o primero asiento, que el que goza mas deleites, es el que goza menos, y aun se puede decir, que ninguno goza. Mas este es otro enigma mas difícil. Ya saldré de uno, y otro. Pregunto: Tienen deleite el que come sin hambre, y el que bebe sin sed? Todos me confesarán, que poco, ó ninguno. Pues de este modo gozan los objetos delectables aquellos poderosos, que tienen la rienda siempre floxa á todos sus apetitos. Anticipan á los apetitos los objetos. No espera el manjar á la hambre, ni la bebida á la sed, ni aun la torpeza á la concupiscencia. ¿Pues qué, usan de aquello mismo que no apetecen? A los principios no: en los progresos, y en los

fi-



fines sí. El poderoso que se entrega á los deleites, muy luego empieza á adquirir un hábito de glotonería en todas sus pasiones, por el qual, dentro de poco tiempo, se tira al objeto al primer asomar de el apetito. Aun no espiró de el todo la saciedad antecedente, ni empezó á vivir sino en embrion el nuevo deseo, quando se entrega á nueva hartura; y como en aquel punto está muy tibia la concupiscencia, no puede menos de ser muy remisa la delicia. Este hábito, con la inmensa repetición de actos, va cobrando cada día mas, y mas fuerzas, hasta que ya impelle á beber el vedado licor, aun quando no hay alguna sed. Y veis aquí, que en llegando á este estado, sin ningún deleite la salud se estraga, y la vida se abrevia.

23. Aun no he explicado todo el mal. Lo peor es, que se junta la saciedad con la hambre. Si digo, que tanta hambre tiene el poderoso harto, como el pobre hambriento, se creerá que propongo nueva paradoxa, ó por lo menos nuevo enigma. Y con todo diré la verdad. El pobre hambriento tiene hambre de el manjar; el poderoso harto, tiene hambre de la misma hambre. El menesteroso, á quien falta lo preciso, apetece el alimento. El guloso, que despues de lleno el vientre, ve cubierta de regalos la mesa, apetece el mismo apetito. Aquel se acongoja porque le falta lo que necesita; este porque no puede gozar lo mismo que tiene. Y poca diferencia hay para el dolor, entre estar sediento de agua, ó estar hydriópico de sed.

24. Esta ansia depravada, llama que se levanta sobre las cenizas de otro fuego, último desorden de la concupiscencia, ó concupiscencia de la parte superior de la alma, trabajó mucho á aquellos, que, logrando lo mas alto de el poder, llegaron á la cumbre de la perversidad. Todo era discurrir irritativos al apetito; condimentos á la torpeza, extravagancias al gusto. Buscando lo exquisito, stopaban con lo monstruoso. Heliógabalo llega á hacer banquete de crestas de Gallos. Neron exerce su lascivia cubierto de pieles de fieras; bien que este era el hábito mas propio para aquel bruto. Tan extravagantes fueron las abominaciones

nes

nes de otros Emperadores, que ni en el transcurso de tantos siglos, ni la fragancia de tantos Santos, apenas ha dissipado en Roma la hediondez de los Príncipes de aquel tiempo. Pero con toda esta solicitud, qué conseguian? Nada, sino aumentar la violencia del hábito, para que se exercitase aun con fastidio. El deleite entretanto andaba fugitivo, como el agua de Tántalo, por mas que parecia que se tenia entre las manos; siendo medio para no lograrle la nimia anticipación á cogerle. Solo se ganaban inquietudes para el espíritu, enfermedades, y dolores para el cuerpo. Y es bien de notar, que todos aquellos que se dieron á la glotonería, y á la lascivia, se hicieron melancólicos, desabridos, y tétricos; por donde raro Príncipe se encuentra en la Historia gloton, y lascivo, que no fuese juntamente cruel. Algunos llegaron á enfadarse de sí mismos, como el Segundo Apicio, que despues de ingurgitar dos millones y medio, se quitó la vida con el lazo. ¿Qué fue esto sino hallar vanidad, y aflicción de el espíritu entre los mayores alhagos de la Fortuna? Por ventura andan tan desazonados, y enfadadizos los mismos pordioseros?

## S. VIII.

25. Verdaderamente yo he seguido hasta ahora el cotejo de una, y otra fortuna por la parte mas difícil; esto es, trayendo al paralelo la mas elevada con la mas abatida, la soberanía con la mendiguez. No intentaba tanto, quando empecé á escribir este capítulo: pero voló la pluma, sin sentirlo yo, ácia el extremo de los dos extremos. No era menester tanto. Mas ya que está hecho, tenemos de el primer encuentro toda la dificultad vencida; porque si el que está debaxo de los pies de la Fortuna iguala al que pisa lo mas alto de su rueda, con mas razon igualará el que con estrechez tiene lo preciso, al que con opulencia goza lo sobrado.

26. El caso es, si lo hemos de decir todo, que no solo iguala, pero excede. Si se mira la superficie de las cosas, goza el rico mas comodidades, y padece menos incomodi-

da



dades que el pobre; pero si se registra el fondo, sucede muy al rebés. Tiene el rico, vario, precioso, y abundante plato. ¿Pero saboréase en él mas que el pobre con el coman, y toscos? Ni aun tanto; porque en este, la apatencia con que se sienta á la mesa, recompensa con ventajas aquel exceso. ¿Qué les importa á las abejas de la Lithuania, País rudo, y desabrido, no tener tan hermosas, y odoríferas flores, como las abejas de otros Países, si de esas mismas ingratas flores sacan la mas hermosa, y dulce miel que hay en Europa? Yace el rico en colchones de pluma; ¿pero duerme mas, y mejor que el pobre sobre un poco de paja? Verás que este siempre se levanta alegre, y gozoso; y aquel muchas veces se quexa de que pasó la noche con inquietud. ¿Cuántos pobres reposaron con dulzura en el duro suelo aquella misma noche que el Rey Asuero, por no poder dormir, se divirtió con los Anales de su Reyno! Defiéndose el rico con tapices, afelpados vestidos, y gruesas paredes, de los rigores del frio; pero observa, que con todo se quexa mas de la destemplanza de la estacion dentro de su Palacio, que el Pastor cubierto de pieles en el Monte. David, siendo anciano, no podia parar de frio, por mas que se cubriese de ropa; y con mucho menos abrigo algunos ancianos Labradores hacen burla de los yelos. Verás á cada paso al poderoso temblando, con vivo resentimiento de el frio, siempre que se ve precisado á dexar la chimenea; y al mismo tiempo anda la gente coman alegre por la calle. Lo mismo sucede en el Estío. Está el rico con desconsolada laxitud, sin atreverse á salir de un quarto baxo; quando el comun de el pueblo, con intrépida desevoltura, acude á quanto se le ofrece. Así que se puede decir de sus riquezas, lo que Dionysio de Sicilia dixo de la capa de oro, que tenia la Estatua de Júpiter, como motivo para despojarle de ella: que mejor era una capa de paño, porque la de oro en Invierno no quitaba el frio, y en el Verano agoviaba con el peso. Habita el rico en anchuroso, y aliñado Palacio, y nunca contento, piensa en extenderle, ó mejorarle; pero al pobre ni siquiera le ocurre en todo el

el año que su habitacion es estrecha. Y yo creo que las mejores casas, que hay en el mundo, son las de Madagascar, Isla del Mar de Etiopia, que son las mas pequeñas. Forman aquellos Bárbaros sus habitaciones tan estrechas, y aliviadas de peso, que entre quatro hombres toman una casa acuestas, y la mudan adonde quieren: por lo qual tienen la conveniencia de mudar las poblaciones, segun les está mejor, á estos, ó aquellos sitios. Y por la misma razon me parecen los mejores baxeles de el mundo los Barcos de los pescadores de la nueva Zembla, que forman de costillas, y pieles de peces, tan ligeros, que quando se ven perseguidos en el Mar, huyendo á tierra, no solo escapan la persona, mas tambien el barco, llevándole sobre sus espaldas sin mucha fatiga.

27. Viste el rico delicada holanda, y el pobre gruesa estopa; pero dime si hasta ahora oiste quexarse algun pobre de que la aspereza de la estopa le ocasiona el cuerpo alguna molestia. Está ocioso el rico, y el pobre trabajando todo el dia; pero no observarás mas triste al pobre en el trabajo, que al rico en el ocio: antes, especialmente si trabaja en compañía, pasa festivo, cantando, y chanceando, su tarea. Acabada esta, el descanso no es un ocio insípido, como el de el rico, sino un dulce reposo; y despues, con blando, y continuado sueño, recompensa el trabajo diurno. El rico al contrario, como sobre miembros no exercitados asienta mal el sueño, con inquietud impaciente da mil vueltas en la cama. De modo, que se puede decir, que el pobre trabaja de dia, y el rico de noche. Si se ofrece una jornada, el rico es verdad que la hace en caballo, ó en carroza, y el pobre á pie. Sin embargo, el rico tiene mucho mas que sentir en ella; ya la inclemencia de el tiempo, ya la incomodidad de la posada, ya la dureza de el lecho, ya la falta de regalo. El pobre hecho á todo, nada extraña; y así de nada se duele. Yo en mis viages he notado, que siempre el mozo de á pie que me asistia, sentia mucho menos que yo las incomodidades de el camino. Pues añádase á esto el susto de los ladrones, á quienes el pobre



no tiene por que temer; quando al rico, tras de cada trónco que hay en el camino, se le representa un saltador.

28 Si se quieren pesar los placeres de uno, y otro estado, no hay mas que atender á la advertencia de Séneca, citado arriba: *Inspice pauperum, & divitum cultus*. Verás á los pobres en sus conversaciones festivas, en sus rústicos bayles, que francamente risueños! qué sinceramente gozosos! *Sæpius pauper, & fidelius ridet*. Al contrario á los ricos, verás en los mismos festejos no pocas veces fastidiosos. A lo menos no brilla tan puro el placer en sus semblantes.

29 Todas estas desigualdades nacen de un principio general. Y es, que la naturaleza dexada á su genio; se contenta con poco; pero si la hacen al melindre, se forma en ella una dama descontentadiza, que todo lo apetece, y todo lo desdena. Un corazon humano con tres ventriculos, es monstruosidad, que ya se ha visto, y fue presentado en la Academia Real de las Ciencias de París el año de mil seiscientos noventa y nueve. Pero hablando en sentido moral, y político, es esta una monstruosidad, que cada dia se ve. El corazon de el hombre, por su naturaleza, no tiene mas que dos senos; pero si llena estos de bienes temporales, successivamente se van abriendo otros, y otros sin término alguno. Para nadie es deleite, ó regalo aquello que no considera tal; y nadie considera como regalo aquello que acostumbra, ó que es proporcionado á su propia esfera. Por esto el manjar delicado es delicado para el que usa alimentos comunes; mas para el que está hecho á manjares delicados, es lo delicado común; y así apetece ya cosa mas exquisita. Aun la misma variedad, para quien acostumbra variar cada día los objetos á sus antojos, pierde todo el hechizo que al principio tenia. Mucho mas se deleita el pobre, viendo en su mesa un Pez de los comunes, que el Romano Cayo Hirio comiendo sus regaladissimas Murenas; y mas gozoso está quando agrega á su heredad un palmo de tierra, que Alexandro quando añadió á sus conquistas la Ciudad de Tyro.

§. IX.

§. IX.

30 Si cotejamos los pesares de uno, y otro estado, como hemos cotejado los placeres, hallarémolos que el mayor peso de ellos carga sobre los poderosos, ya por la mayor sensibilidad de los sugetos, ya por la mayor magnitud, ó multitud de los trabajos. Son los ricos de un temperamento delicado, que de qualquier ayre se ofende mucho; ó como formados de un metal sonoro, que á qualquiera leve golpe da gran quexido. Parécense á un pozo que hay en Chiapa, Provincia de la Nueva-España, donde arrojando una pequeña piedra, levanta horrible tempestad. De aquí son aquellos furores de los poderosos por levisimas causas. El Sultan Mahometo Segundo tomó tan bárbara rabia, viendo que le faltaba un melon de su jardín, que hizo abrir el cuerpo á catorce Pages, para saber quién le habia comido. Y Othon Antonio, Duque de Urbino, mandó quemar vivo un criado suyo, solo por haberse descuidado en despertarle á la hora señalada.

31 Son mas tambien en el número los trabajos de los poderosos. Quanto mas abulta el cuerpo de un hombre, tanto mas tiene donde le hiera el enemigo; y quanto mayor es la amplitud de la fortuna, tanto mas hay donde hiera la adversidad. Son los ricos torres elevadas, y los pobres chozas humildes; y el rayo mas veces descarga en la torre su furia, que en la choza. Uno de los mayores males que hay en lo temporal, si no el mayor de todos, es la salud quebrada; como el mayor bien, la salud robusta. Y no tiene duda, que en igualdad de temperamento, mucho mas sano es el pobre que el rico; porque este con los excesos se estraga la salud; y aquel se la conserva con su sobriedad. ¿Qué le valdrán al poderoso, doliente de la gota (enfermedad que rara vez acomete á los pobres), todos sus tesoros, si no puede con ellos remediar el mal, ni aun conseguirse algun sincero placer? Pues mientras dura el insulto, padece los dolores; y en pasando, los sustos de nuevos acometimientos. Aunque por todos los ricos pronunció Salomon aquella sentencia: *Quid prodest*

Tom. I. del Teatro.

E

pos-



*possessori, nisi quod cernat divitias oculis suis?* ¿Qué otra utilidad saca el poderoso de sus riquezas, sino poder registrarlas con sus ojos? Pero á un poderoso, habitualmente enfermo, se apropia con mas rigor.

32 Tiene el poderoso mas cuidados, y por consiguiente mas molestias. Tiene mas envidiosos, y por consiguiente mas enemigos. Quiere engrandecer mas su fortuna, y cada estorbo, que encuentra es un escollo donde se lastima. De el que está debaxo pretende mas adoraciones; y uno solo, que, como Mardocheó á Aman, rehusé doblarle la rodilla, basta á turbarle el reposo. Con el que está arriba solícita igualdades; y quando ve que el que consideraba inferior, ó igual, se le pone delante, apenas hay consuelo. Estaba un Pintor famoso, llamado Francisco de Francia, lleno de bienes, y de aplausos en Bolonia, quando viendo una imagen de Santa Cecilia, que habia hecho Rafael de Urbino, de encargo para una Iglesia de aquella Ciudad, y conociendo las ventajas que le hacia en el pincel aquel Artífice incomparable; fue tanta la pena que tomó, que tardó pocos dias en morir. En verdad que no muere de este achaque ningun pobre.

33 Los temores que contienen el martyrio mas duradero de la vida; porque con ellos se padecen los males futuros, y aun los posibles, tienen su propio nido en el corazón de el poderoso. El que tiene males, siempre se duele; el que tiene bienes, siempre teme. ¿Y qué mayor dolor que un temor continuo? Tantos riesgos amenazan al poderoso, quantos son los casos posibles de enriquecerse otros, despojándole, ó matándole á él: y siendo estos muchos, en su imaginación aun son mas. Así, que las riquezas con trabajo se adquieren, y con trabajo se conservan. Los habitadores de Macazar, Isla de el mar de la India, suelen quitarse algunos dientes, y poner en su lugar otros de plata, y oro, cuyo uso no puede menos de ser trabajoso, y molesto. ¿Puede haber mayor barbarie, que padecer voluntariamente un dolor, solo para ganar una incomodidad? Pues en la misma incurren los que solícitos anhelan las riquezas. Los dientes

tes se quitan, esto es, padecen muchos dolores por lograrlas; y en ellas adquieren otros dientes de oro, y de plata, sí; pero al fin, dientes que les han de comer, y roer el corazón á ellos mismos. Es cosa bien notable que en el siglo de Oro, y Plata, segun la division que hacen los Poetas de las quatro edades, no habia plata, ni oro; y parecieron estos dos metales en el siglo de Hierro. Así Ovidio, hablando de este siglo:

*Ilum est in viscera terræ,  
Quasque reconderat, Stigiisque admoberat umbris  
Effodiuntur opes irritamenta malorum.  
Jamque nocens ferrum, ferroque nocentius aurum  
Proderat, prodit bellum quod pugnat utroque.*

34 El siglo de Oro pasó sin oro, y por eso mismo fue de oro, esto es, feliz, y bienaventurado. El siglo de Hierro tiene oro; y por eso es de hierro, esto es, duro, y trabajoso.

35 Lucano, en el libro 5 de la Guerra Civil, hace una bella digresion sobre la felicidad de el pobre Barquero Amiclas, quando pinta á Cesar en el silencio de la noche pulsando la puerta de su choza, para que le conduzca prontamente á la Calabria. Todo el mundo está conmovido, y temblando con los movimientos de la Guerra Civil; y dentro de la misma Grecia, que es el teatro de la Guerra, vecino á los mismos Exércitos, duerme, sin temor alguno, un pobre Barquero sobre enjutas ovas. Despiértanle los golpes que da á su puerta el generoso Caudillo, sin introducir en su pecho el menor susto; porque aunque no ignora que está toda la Campaña cubierta de Tropas, sabe tambien que no hay en su choza cosa que pueda brindar los militares insultos. ¿O vida de el pobre (exclama el Poeta), que tienes la felicidad de estar esenta de las violencias!; O pobreza, beneficio grande de los Dioses, aunque no reconocida de los hombres!; Qué Maros, ó qué Templos gozaron el privilegio que tiene Amiclas, y su choza, de no temblar á los golpes de la robusta mano de Cesar!



— *O vita tuta facultas*

*Pauperis, angusti que lares! O munera nondum*

*Intellecta Divum! Quibus hoc contingere templis,*

*Aut potuit muris, nullo trepidare tumultu*

*Cæsarea pulsante manu?*

36 No hay que admirar. Los Templos, y los Muros son los que tiemblan, no las chozas; porque en los Templos y en los Muros se guardan las riquezas; y donde estan las riquezas no pueden saltar los sustos. Si cotejamos la fortuna de Amiclas con la de Cesar, y Pompeyo, que florecian en el mismo tiempo; qué brillante la de estos! qué obscura la de aquel! Pero si se mira bien, cuánto mejor es la de Amiclas! Esos dos Héroeos ambiciosos, cuyo elevado resplandor hace que el Orbe le tenga por dos Soles, no son en la verdad mas que dos Parhelias, ó Soles aparentes, falsos reflexos, estampados en la inconstancia de volantes nubes. ¡Qué lexos de ser felices, quando cada uno está gravísimamente atormentado con los zelos de la potencia de el otro!

*Et jam nemo ferre potest, Cæsarve priore,*

*Pompejusve parem.*

37 Contienen sobre el Imperio, arriesgando en la competencia la vida, y la libertad. ¡Qué temores en cada uno de que el otro venza! ¿A qué misero desvalido puso hasta ahora la Fortuna en tanto aprieto, que se resolviese, como Cesar, para mejorarla, á arrojarla á un mar tempestuoso de noche? Amiclas entretanto no tiene otros cuidados que desplegar al Mar, y tender al Sol sus redes. Fluctúan los otros en los campos, y él está seguro en las ondas. Coge en el mar peces, quando los otros en la tierra pescan borascas. A costa de poco trabajo le ministran las aguas quanto ha menester para sustentar la vida; y quando así á Cesar, como á Pompeyo, sus grandes fatigas no les sirven sino de acelerarles violenta muerte. No le turba el sueño tanto estrépito marcial, quando cada uno de los dos Caudillos tiene un despertador continuo dentro de su propio corazon. A nadie teme, porque nadie codicia su fortuna; y si alguno es tan cuerdo que la codicie, puede gozar de la misma,

sin

sin despojar á Amiclas. Cesar, y Pompeyo por ahora se temen mutuamente; despues el vencido temerá á todo el mundo, y el vencedor deberá temer á quantos le pudieren envidiar.

38 Los Poetas Gentiles fingieron Divinidad la pobreza: debieron de atender á los males de que preserva, y á los bienes que produce; pues Lucano la llama Madre de los hombres grandes. Y Horacio dice, que á esta Deidad debió Roma las virtudes de Curio, y de Camila. Pero el Griego Aristóphanes erró mucho la pintura, figurándola como una furia feroz, y pronta á desesperarse; pues estos extraordinarios fureros mas se hallan en los ricos, que en los pobres. Aunque es verdad que adonde se ensangrientan mas, es en los pobres que fueron antes ricos; por lo menos durante el noviciado de la miseria.

#### §. X.

39 NO se entienda que en el elogio que acabo de hacer de la pobreza, hablo de la pobreza absoluta; si de la respectiva. No de el estado de mendicidad, en que falta lo preciso; si de aquella estrecha moderacion que ministra á la naturaleza solo lo necesario, y eso á costa de las fatigas de el cuerpo. Verdaderamente de los mendigos yo no sé qué me diga. Por una parte parece que pasan grandes incomodidades; y por otra veo que son muchísimos los que voluntariamente toman ese género de vida, pudiendo vivir de su trabajo; y se hallan harto mejor andando de puerta en puerta, que trabajando en el campo, ni aun ociosos en el Hospicio. De los vagabundos, con capa de Peregrinos, dice Enrico Cornelio Agripa en su libro de la Vanidad de las Ciencias, que no trocarían su vida por la de los Magnates; y creo que dice bien.

40 Todos estos voluntarios pobres, que no lo son conforme al Evangelio, ni cae sobre ellos la beatificación de Christo, son pestilencia de las Repúblicas donde habitan, ó por donde circulan. Tienen muy buena vida, sin servir de cosa alguna, y aun haciendo daño al comun: semejan-

Tom. I. del Teatro.

E 3

tes



tes á las hormigas, que útiles para sí solas, son nocivas al huerto donde se anidan, y por donde discurren. Por esto ninguna República de exáctis policia los consiente.

41 Los mendigos inválidos son los legítimos acreedores á nuestra compasion. Hay no obstante entre estos mucha diferencia. Los que lo son por enfermedades habituales, no se puede negar que son bien miseros, si no endulzan su trabajo con la debida resignacion en la voluntad divina; que en ese caso son los mas dichosos, y á quienes llamó nuestro Redentor Bienaventurados. Los que lo son por falta de algun miembro, ó defecto en la organizacion, si tienen mediana habilidad, y gracia en pedir, lo pasan admirablemente; y se han visto de estos no pocos que dexaron en su muerte muy buenos dineros. Los que son desgraciados, y torpes, viven con bastante afán, especialmente si concurre la suciedad de el cuerpo, y deformidad de el semblante. Es grande el yerro que en esta parte incurre la piedad comun, distribuyendo con notable desigualdad. Al pobre que pinta con viveza, y gracia su propia calamidad, apenas hay quien no le socorra: mucho mas si tiene alguna limpieza en sus andrajos, y decencia en las facciones. De el feo, inmundo, balbuciente, y medio estúpido, apenas hay quien haga caso, ó quien no huya de él con tedio. Debiera advertirse que Christo nuestro Bien, tanto se representa en uno, como en otro; y en quanto Redentor, a un mas en el de mas feo, y despreciable rostro; pues así le pintó en su Sacratísima Pasion Isaías: *Non est species ei, neque decor.* Y poco mas abaxo: *Quasi absconditus vultus ejus, & despectus.* Y porque no asquee la christiana piedad, aun los pobres, que padecen enfermedades asquerosas, vean en el mismo Profeta comparado nuestro Redentor á los leprosos: *Nos putavimus eum quasi leprosum.*

42 Pero sin recurrir á tan alto motivo, dentro de la razon natural hay el que basta para atender, no solo con igualdad, mas aun con exceso á esos pobres deformes, y desgraciados; y es, que estos padecen mayor necesidad. A

los otros, como he dicho, nunca faltará quien los socorra, tal vez con demasia. Estos son los que necesitan de que la piedad se esfuerce, por mas que su ingrato aspecto horrorece. Yo por mi protesto, que por este motivo de las limosnas, que me permite distribuir la estrechez de mi estado, mucho mas toca á los pobres asquerosos, y desgraciados, que á los de buena persuasiva, y de exterior grato.

43 Vuelvo á decir que no he hablado en la comparacion de este género de pobres, sin embargo de que á muchísimos los juzgo mas felices que los mismos Soberanos; sí de aquellos, que con su sudor grangean el sustento, el techo, y el vestido, arreglado todo á la necesidad de la naturaleza, sin sobra alguna. Esta, que llamo Fortuna humilde, juzgo por lo menos igual á la alta, y esclarecida, que gozan los opulentos, y poderosos; y me parece que lo he probado bastantemente. Pero tambien juzgo que son de mejor condicion, que unos, y otros, aquellos que colocados en un medio razonable, gozan mediana hacienda, y pueden pasar la vida sin tanta estrechez, y sin mucho afán.

## §. XI.

44 Esto es en quanto á la felicidad de los hombres, midiéndola por la condicion de sus estados, y prescindiendo de los particulares accidentes que pueden sobrevenir á estos, ó á los otros individuos: no siendo dudable, que tambien la fortuna humilde está expuesta á terribles rebeses, y molestísimos sinsabores: aunque no con tanta frecuencia como la soberana.

45 Pero si se me pregunta, á quiénes reputo absolutamente felices, ó infelices entre los mortales; en quanto á los felices, respondo con una sentencia de el gran Chanciller Bacon en su libro intitulado: *Interiora rerum.* Felices (dice) juzgo aquellos, cuyo género de vida es proporcionado al propio genio: *Felices dixerim, y quorum indoles naturalis cum vite sue genere congruit.* Decision digna de el superior talento de aquel incomparable Inglés. No obstante pienso, que se le debe añadir alguna limitacion; y es,



que no sea el genio vicioso; porque si lo fuere, siempre será infeliz. El ambicioso, pongo por exemplo, aunque se vea colocado en altos puestos, siempre estará inquieto por subir á otros mayores. El codicioso, aun quando mas colmado de riquezas, se afanará por añadirse nuevos tesoros. El gloton opulento se llenará de comida, y bebida; pero tambien se llenará de males, que despues le hagan amar-gar quanto coma, y beba.

46 Supuesta la limitación dicha, tengo por muy verdadera la sentencia. Las conveniencias temporales todas son respectivas, y varía tanto el genio de los hombres en la proporción con ellas, como el gusto en la inclinación á los manjares. Lo que es bueno para uno, es malo para otro. Solo Dios es bueno, y dulce para todos. Este desdeña la fortuna que aquel adora; y uno abraza lo que otro desprecia. Pasando Cesar á España por las asperezas de los Alpes, llegó á una pobrísima, y corta Aldea, donde advirtiendo sus compañeros la miseria de los habitantes, preguntó alguno de ellos con irrisión, si tambien aquellos Bárbaros tendrían sus cuestiones sobre quién habia de mandar entre ellos? A que ocurrió Cesar pronto, diciendo: *Pues yo os certifico que mas quisiera ser en esta Aldea el primero, que en Roma el segundo.* Habiendo pasado á la Africa el sabio Flamenco Nicolás Clenardo, con el motivo de aprender la lengua Árábica, se detuvo dos años en el Reyno de Fez, de donde escribió varias veces á sus amigos, que nunca habia hallado estancia tan grata para su genio; y esto solo porque en aquel Reyno no habia la multitud de leyes, y prolixidad de litigios que en Europa: terminándose en un momento, y verbalmente qualquiera diferencia por el Magistrado; lo que era muy del gusto de Clenardo, que aborrecia con extremo los casi interminables circuitos de los procesos que hay en nuestros Tribunales. Cuéntalo George Paschio en su libro *de Novis inventis*. Aunque no es verdad lo que dice, de que solo por ese motivo se desterró de su patria, y pasó á Fez: pues por otros muchos Autores consta, que vino á España de

intento, donde despues de enseñar algun tiempo las Lenguas en la Universidad de Salamanca, pasó á la Corte de Lisboa por Ayo de el Principe de Portugal, hermano de el Rey D. Juan el III.

47 Esta grande variedad que hay en genios, y temperamentos de los hombres, y no el amor platónico de la patria, es la verdadera causa de que muchos se hallen bien en Regiones miseras, y desdichadas, rehusando pasar á otras felices. Ovidio, habiendo observado que algunos Scythas, conducidos á Roma, no perdian ocasion alguna de volver-se fugitivos al áspero clima donde habian nacido, atribuye esto á una dulzura oculta (que él mismo, con tener tan buenas explicaderas, no acierta á explicar), ó como facultad sympática, y virtud magnética, con que atrahe á cada uno su propia Patria; y así lo dexa en un *no sé qué.*

*Nescio qua natale solum dulcedine cunctos*

*Trahit, & immemores non sinit esse sui.*

*Quid melius Roma? Scythico quid frigore pejus?*

*Huc tamen ex illa barbarus urbe fugit.*

48 Nada de eso es. No consiste en un misterioso hechizo, con que encante á los hombres su propia patria, el dexar los Scythas la dulce habitacion de Roma, por los yelos de la Scythia: pues cada dia vemos hombres, que por mejorar de Fortuna, dexan la patria, tal vez para no volver jamas á ella, sin que por eso dexen de amarla. El País donde escribo esto está lleno de semejantes exemplos. La razón verdadera de este fenómeno político, es ser proporcionado el modo de vida que los Scythas tienen en el patrio suelo, al genio, y temperamento propio. Lo mismo sucede hoy á los Lapones, Nacion Septentrional, colocada entre la Noruega, Suecia, y Moscovia á las orillas de el Mar Glacial. Viven aquellos Bárbaros lidiando continuamente con inmensa multitud de Osos, y Lobos, en un País lleno de Lagunas, y casi siempre cubierto de nieves. Algunos fueron trahidos en diversas ocasiones á Alemania; pero por comodidades que les hayan ofrecido, ó renta que les hayan señalado, ninguno hubo que logran-



do oportunidad, no se volviere á su País. 49 Esta es la verdadera felicidad temporal: lograr aquel estado, y modo de vida que pide el genio. Las conveniencias se hán, respecto de la alma, poco mas, ó menos, como los vestidos, respecto de el cuerpo; que no, el que á la vista está mejor hecho, dice bien á todo tallo.

50 Hay empero algunos genios flexibles, que se acomodan á toda fortuna, segun la capacidad de ella: unas fndoles de cera, que á su arbitrio se configuran de modo, que todo les asienta bien. Nada los quebranta; porque su blandura cede á todo impulso. Se alargan, ó se encogen, segun el ámbito que les dexan. Suben sin fatiga, y baxan sin violencia. En su propia docilidad tienen la miel, que endulza qualquier acibar. Son de tan buena condicion, que como no les falte lo preciso, están contentos en qualquiera estado. Tienen la rueda de el ánimo concéntrica á la rueda de la Fortuna. Voltee está como quisiere, con la misma facilidad volteen ellos. Consgo llevan la fortuna, de qualquier modo que rueden. No puede negarse que de estos genios hay pocos; pero se debe confesar, que estos son los verdaderamente felices. Y solo pueden serlo mas los Santos: porque estos, ó estan fuera de la rueda, ó colocados en el centro de ella, de modo, que sus vueltas, ni los levantan al orgullo, ni los precipitan al despecho.

## §. XII.

51 **D**iximos cuáles son los absolutamente felices: Pero quienes son los absolutamente infelices? Aquellos cuyo destino los conduxo á un linage de vida contrario á su genio. La violencia que se hace á la inclinacion, es continua, y así es continuo el disgusto. Lo que para otros fuera dulce, para ellos es amargo. Es cierto que la fortuna, sin añadir bienes, pudiera hacer los hombres mas dichosos. No tenia esto mas costa, que permitirles permutas de empleos, y estados. De aquí dependen las envidias reciprocas de muchos, sin tener nada que envidiar. Mira el paxarillo desde la jaula con envidia á la piedra, que va su-

bien-

biendo libre por el ayre; y á la piedra le es mas violento ese ascenso, que al páxaro su clausura. Mira con envidia el humilde al que ve adorado en el Solio; y este se está consumiendo porque no goza la libertad de el humilde.

52 A estos los hace infelices la Fortuna. Otros hay que lo son por su propia naturaleza. Aquellos, digo, que en su propio genio tienen su mayor enemigo: unos hombres descontentadizos, que con nada estan satisfechos: que siempre se fastidian con lo que de presente poseen: que aunque vayan mudando fortunas, les sucede lo mismo: que si mudáran camisas, que cada una, á diez, ú doce dias de uso, los apesta. Estos viven en continua contrariedad al movimiento de la Fortuna; y aunque no por eso dexan de ser arrastrados de el impulso de la rueda, le obedecen violentos, como los Astros el giro de la Esfera á que estan ligados, esforzándose siempre á un movimiento encontrado con el de el Orbe, que los agita. Son almas enfermas, cuyo paladar se disgusta con todos los manjares. Y hay no pocos de estos hombres en el mundo.

---

## LA POLITICA MAS FINA.

---

## DISCURSO QUARTO.

53 **E**l centro de toda la doctrina politica de Machiavelo viene á estar colocado en aquella maldita máxima suya, de que para las medras temporales, *la simulacion de la virtud aprovecha; la misma virtud estorba*. De este punto sale, por lineas rectas, el veneno á toda la circunferencia de aquel dañado sistema. Todo el mundo abomina el nombre

bre